



José Luis Reyna

Institución octogenaria

La semana pasada el Partido Revolucionario Institucional, el PRI, cumplió 80 años de fundado. De acuerdo con una encuesta de María de las Héras publicada en este diario (2/III/09), la ciudadanía le obsequiaría a la vetusta institución 40 por ciento del voto, mientras que el "partido en el poder" estaría 6 puntos porcentuales por debajo de esa cifra. En pocas palabras, en tres años, contando desde 2006, el PRI ha transitado del rechazo ciudadano a una nueva especie de aceptación por parte del electorado. Una explicación al respecto es que el PAN no fue diseñado como partido para gobernar sino que sus virtudes se encuentran más bien en el terreno de la oposición. El PRI, mientras tanto, fue concebido desde su inicio como una maquinaria electoral que estaría al frente del Estado para enfrentar los retos de la gobernabilidad; en su diseño engendró una cultura política que la alternancia, ocurrida en 2000, no puede sacudirse de ella. El PAN quiere gobernar como el PRI pero ejerce el poder como instituto opositor. Genera un vacío de poder. Ahí está su tendón de Aquiles.

No es la intención de estas líneas hacer una apología del PRI. Habría que reconocer, sin embargo, que introdujo en la vida política del país un principio: la disciplina política. Esta imperó desde que se fundó hasta que le arrebataron, por las buenas, la Presidencia por la vía electoral, en el año 2000. Fueron 71 años de hegemonía, suficientes para conformar principios y definir un estilo de gobernar. Algunos periodos con éxito, otros con menos. El poder se concentró y sobre esta base lo ejerció. Se construyó una pirámide en la que el vértice estaba coronado por un presidente que hacía y deshacía a su antojo. La disciplina del partido resolvió, además, el gran problema que aquejaba a la clase política mexicana después de que concluyó la Revolución: la sucesión presidencial. Era un pacto no firmado: quien fuera

el elegido ejercería sin límites el poder pero después de su sexenio respectivo

pasaba a las filas del ostracismo. Casi todos los ex presidentes priistas lo cumplieron, con excepción de Salinas de Gortari.

La democracia es incertidumbre mientras que el autoritarismo es certeza. Ese es el dilema actual: a la incertidumbre hay que agregarle un déficit de gobernabilidad. La desconcentración del poder presidencial contribuyó a la emergencia de poderes alternativos: los gobernadores de las entidades federativas e incluso los miembros del gabinete presidencial. Hoy en día Calderón sufre una crisis interna dentro de su círculo de poder porque no puede imponer una política relativamente homogénea de comunicación.

Un secretario de Estado puede declarar lo que sea aunque vaya en contra de su jefe. Un diputado del "partido en el poder" puede proponer una iniciativa (abolir la tenencia vehicular) para después dar marcha atrás pese a tener más de 200 adhesiones para revocarla. Un presidente del PAN que tiene más facha de buscapleitos que de político. Sus desplantes merman la autoridad presidencial. Le ha declarado una riña al PRI, esa institución política de colmillo retorcido con la que el PAN ha logrado, hasta ahora, los mínimos de gobernabilidad deseables. El PRI le hace más falta al PAN que a la inversa. No será sorpresa que el próximo 5 de julio la vieja institución tricolor controle el Congreso, y el PAN quede relegado a un modesto segundo lugar. Para reiterar, el PAN gobierna como opositor, no como "dueño" del poder.

La alternancia, no la transición a la democracia que todavía está muy distante, trastocó la estructura de poder, y el panismo no ha tenido la capacidad suficiente para rediseñarla y menos aún para restaurarla. El Estado está infiltrado por la delincuencia organizada. Pero también está penetrado por otros actores, que pueden incluso ser parte del círculo de poder para poner en jaque al Estado y al sistema con el que ha



solido operar. Ahí está el ejemplo de Téllez, que renuncia por un espionaje que sólo pudo hacerse desde el Estado, o por grupos muy cercanos al mismo. El ex secretario de Comunicaciones fue el *chivo expiatorio*. El perdedor fue Felipe Calderón, quien no puede controlar la fragmentación del poder que viene del 2000 y que, en consecuencia, no puede imponer su autoridad presidencial como solía hacerse en este país o en una nación con democracia consolidada.

No es la intención de estas líneas sostener que el PRI, desde que perdió la Presidencia en el 2000, lo haya hecho bien. Sí es la intención señalar que el PAN no ha entendido cómo gobernar. Si Maquiavelo fuera consejero de Calderón habría decapitado a Mouriño. No lo hizo. No habría arropado a Téllez como asesor económico. Es dormir con el enemigo. Esa es la ventaja del PRI: conoce las entrañas del poder y cuando hubo que usar la guillotina, la usó. Es inédito que el partido más viejo, y con tantas críticas en su haber, aparente ser el más robusto del pobre sistema de partidos que tenemos. ■M

jreyna@colmex.mx

La ventaja del PRI: conoce las entrañas del poder y cuando hubo que usar la guillotina, la usó. Es inédito que el partido más viejo, y con tantas críticas en su haber, aparente ser el más robusto del pobre sistema de partidos que tenemos

